

# REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

Año XVI

Montevideo, agosto de 1953

Nº 176

## LA MISION Y EL ESPIRITU DE LA UNESCO (1)

A todos nos es grato dar la bienvenida a un hombre de espíritu y de acción, máxime si viene como misionero de un instituto internacional que toma al hombre por lo que tiene de más hombre: las creaciones de la frente, Ciencia, Arte, Filosofía, Cultura...

Plena es nuestra adhesión a los fines de la *Unesco*, alma de la *UN*, exorcizada de ciertos pecados de ésta.

Prueba de la sinceridad de los fuertes en la prosecución de la justicia es lo que hacen por los débiles cuando no coinciden los intereses. Es entonces que se evidencia la vocación internacionalista por el derecho.

Son necesarias fuerzas internacionales puestas al servicio de los pueblos de cualquier meridiano del planeta para transformar o sustituir la *voluntad de dominio* por la *voluntad de progreso* y para que la locura moral no convierta los medios de liberación en medios de esclavización, las técnicas de salvación en técnicas de destrucción, la ciencia de la vida en ciencia de la muerte...

Indigna y entristece que quienes tienen grandes poderes se tomen ventajas contra los débiles, en vez de entregarse a la superior hazaña de realizar la justicia precisamente con los que no pueden imponerla.

La razón que no tiene vigencia para todos, tiene su límite en la razón de los otros.

(1) Esta alocución fué dirigida en presencia del Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social Don Justino Zavala Muniz, que presidía el acto en su doble carácter de Ministro y Presidente de la Comisión Nacional de la Unesco en nuestro país, de los miembros de la misma y numerosos invitados, al Director General de la Unesco Dr. Luther H. Evans por el Profesor CLEMENTE ESTABLE, Primer Vicepresidente del Comité Ejecutivo de la Comisión Nacional de dicha corporación en la sesión celebrada el día 26 de agosto de 1953 en los salones del Ministerio de Instrucción Pública.

*Unesco* tiende, por alta misión de justicia, a que se atenúe, en bien del género humano, la categoría de nación débil y de nación fuerte, de nación bien habida y de nación mal habida, de nación próspera y de nación atrasada, de nación respetada y de nación humillada...

La empresa es difícil y de toda la vida. Requiere la comprensión y simpatía de todos, el esfuerzo de muchos y la entrega por entero de algunos elegidos, fanáticos de la justicia, de la cultura y de que los bienes del espíritu sean para todos en el mayor grado posible.

La Humanidad necesita de esos fanáticos cuya moral no es de trocha angosta, como la del éxito propio, sino de quienes ponen la pasión, la inteligencia y la acción al servicio del bien común.

Unamuno, con la morriña de la eternidad, enseñaba que sólo los apasionados llevan a cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas.

Hay que educar al hombre para que se ocupe más de lo fundamental y menos de lo superfluo. Desventuradamente, se ocupa demasiado de éste y poco de aquéllo.

Son muchísimos más los hombres que se afanan por gozar de privilegios y moverse con la moral del éxito propio que los hombres que se desasosiegan por la justicia. Suele ocurrir lo mismo con las naciones cuando la justicia no coincide con sus intereses. Todos, hombres y naciones, están prontos a reaccionar contra el privilegio de los otros, pero mal dispuestos para renunciar a sus privilegios, sufra quien sufra por ellos.

Montesquieu ya lo advertía: «Dad a un hombre beneficios; su primera preocupación es conservarlos».

Naturalmente, nadie que no tenga la psiquis perturbada quiere el fracaso, pero el éxito personal o nacional a toda costa hace caer la ética a un egoísmo inferior y agresivo.

La *Unesco* tiene que educar a la UN...

La educación es el más grande problema de la Humanidad y consiste en un movimiento del alma que va de la existencia a la esencia por la escala de los valores: es un crecimiento indefinido de valores vitales y eternos.

Quiérase o no, la Ciencia obliga a las naciones a abrirse a la Humanidad. En nuestra época es sobre todo que se esclarece y adquiere singular importancia la conciencia y noción de Humanidad, antes muy vaga y evanescente, más soñada que vivida.

La vida humana —la más diversa de todos los seres— es esencialmente la misma en todas partes.

La noción de patria sobreexcede a su contenido histórico por el esclarecimiento de la noción de Humanidad. No se desvanece, pero tiene que cambiarse la estimativa, porque se imponen nuevos hechos, intensa circulación de tradiciones e ideales vivientes, nueva circulación y convivencia de hombres de todas las nacionalidades... En fin, toda la Humanidad se traslada incesantemente de un lado para otro y las patrias se compenetran más y más y la mayor buena-ventura es que lo que más vale prevalezca en todas las naciones, sin prejuicios de orígenes.

En la noción histórica, la preeminencia es de origen; en la nueva noción, la preeminencia es de valores. Importa incluso al mismo patriotismo que lo que más vale tenga permanencia y primacía siempre y en todas partes. Contra los valores universales, todas son *falsas posiciones* y toda *falsa posición* que no se corrija a tiempo, es caída segura.

Es un nacionalismo de ofensiva beligerancia *versus* un sano patriotismo el que formulara un sabio con la sagrada unción de promover la investigación científica en su país: «cuando Francia no ocupa el primer lugar, pierde su sitio». Lo que se aporta al género humano cuenta siempre y en todas las naciones, poco importa el sitio de donde proceda.

La *Unesco* contribuirá a crear la unidad de la tradición humana y se le percibe en un porvenir más o menos lejano tan fuerte o más fuerte que la tradición que une a los de una misma nación.

Desde el punto de vista ético, el nacionalismo presenta dos aspectos: uno corrector y regulador del egoísmo del individuo, de la familia, de la amistad; por lo tanto, de tendencia altruista; el otro, de tendencia egoísta, el que contiene al hombre en el contorno de la patria, con limitaciones de su capacidad de sentir, de pensar y de obrar, lo que lo induce a falsas valoraciones e impulsa a injustas conquistas.

Por más diversas que sean las formas de vida de los pueblos, es notoria la preeminencia de la unidad del género humano; pocas, muy pocas pasiones, pocas muy pocas necesidades, pocas muy pocas ideas mueven al hombre en toda la redondez de la Tierra... Y poca es la originalidad que no puede asimilarse y la originalidad que puede asimilarse es de todos, pues si se puede asimilar por todos es que está immanente en todos. Lo mismo cabe afirmar de la origi-

nalidad que puede imitarse: o es poca originalidad, o es inmanencia común.

La tradición que hace más hombre al hombre es la gran tradición del género humano, y los ideales que más suben de sus raíces y más lo elevan son también los de la Humanidad, que incide lo concreto en el individuo, en la persona integrada y desarrollada como naturaleza esclarecida por la cultura... En sí mismo y en el prójimo o próximo, comienza la noción de Humanidad, pero sólo comienza... No percibirla ahí es perderla también en el concepto abstracto.

No es antipatriótico, sino del más elevado patriotismo empeñarse en que la buena tradición de la Humanidad sea la más fuerte tradición de cada país y en que los ideales del género humano operen por encima de los ideales de las naciones.

La UN y la Unesco serán cada vez más necesarias. Constituyen una gran esperanza en el juego de las fuerzas por la justicia, pero, como ya lo hemos dicho, la Unesco tiene que educar a la UN, para que asista a los hombres y a los pueblos sin más obligación que la de hacer el bien.

Muy difícil —cuando no es artificio— el deslinde de lo nacional y lo internacional: cada vez es mayor la tensión de lo nacional hacia lo internacional y cada vez tiende más lo internacional a ser nacional.

La Unesco está en el espíritu del Nuevo Mundo, en el cual se da el feliz encuentro de todas las tradiciones y de todas las tendencias. Nació para la democracia, a pesar de las dictaduras. Lo que es naturaleza sobrevivirá purificándose. En el Nuevo Mundo crecerá la justicia, la libertad, la originalidad y la solidaridad.

En cuanto al Uruguay, probada está su vocación por el derecho, los problemas internacionales, la vida del espíritu, la cultura. Insensato sería que un país pequeño se moviera en dirección contraria a esa vocación: no podría sobrevivir.

Tan está en nosotros el espíritu de la Unesco que no puedo contenerme sin formular dos proposiciones: es la primera, que Unesco propicie que América sea bilingüe, vale decir, que en las escuelas de los Estados Unidos de Norte América se enseñe el castellano a la par que el inglés y que en las escuelas latino-americanas se enseñe el inglés a la par que el castellano o que el portugués (caso del Brasil). En el transcurso de una generación, ya sería bilingüe; es la segunda proposición, que se propicie por Unesco que en todas

las escuelas y liceos del mundo se enseñe, como se enseña la propia constitución, las *cartas* fundamentales de la *UN* y de la *Unesco*.

Por la educación de los pueblos es como la *UN* y la *Unesco* asegurarán su porvenir, creando la conciencia de la esencial unidad del hombre y de la necesidad creciente de fuerzas internacionales sin más obligación ni compromisos que favorecer la evolución humana hacia una mayor comprensión, libertad, solidaridad.

Si por cualquier vuelco del mundo político desaparecieran la *UN* y la *Unesco*, se siente el imperativo de volverlas a crear tantas veces como fueren destruidas, con las correcciones convenientes: si su permanencia no está en la inmortalidad, está en el renacimiento, que es triunfo sobre la nada, sobre la muerte y sobre la misma inmortalidad.

CLEMENTE ESTABLE